

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

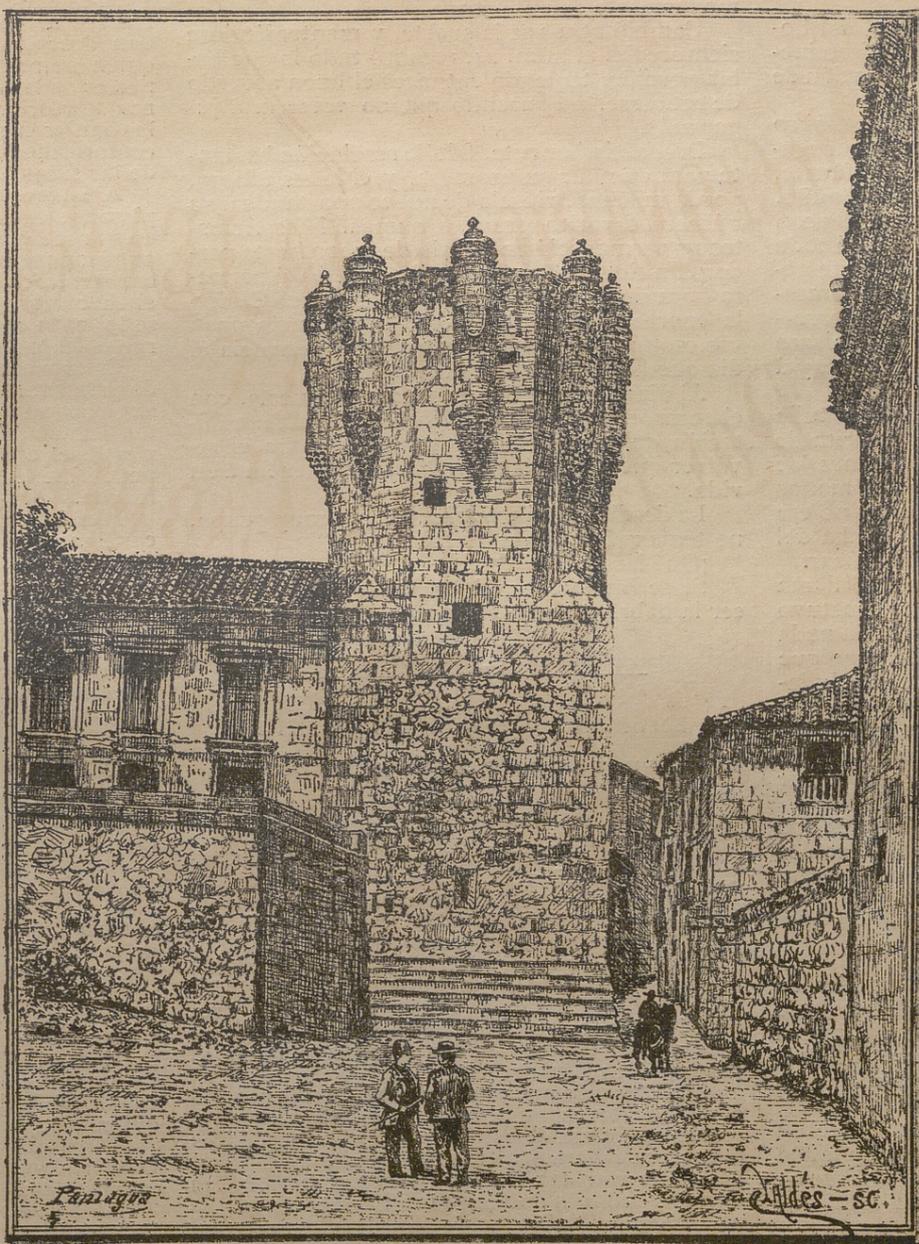
DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 2 de Octubre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 40

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



TORRE DEL CLAVERO, EN SALAMANCA

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Los españoles del tiempo de Felipe IV pintados por sí mismos*, por Ricardo Sepúlveda.—*Isabel la Católica*, por Rosario Martínez.—*Vancouver*, por Oscar.—*Cantares*, por Augusto Ferranz.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Cristóbal Colón* (continuación), por Alfonso de Lamartine.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: ¡Pobre bruja!—Excmo. Sr. D. Julio Betancourt.—D. Rubén Darío.—Vista del Palacio de Exposiciones de Bellas Artes en el paseo de la Castellana.—D. Fernando de Aragón.—Doña Isabel I de Castilla.—Casa en que murió Colón.

FOTOGRAFADOS: Torre del Clavero, en Salamanca.—Cabeza de circasiana.—*Joaquín del Piélagos*.

CRÓNICA

El Municipio de la villa y corte no se duerme en las pajas, es decir, en sus laureles.

Próximamente los festejos con que se ha de conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América, los ediles han querido agasajar al vecindario de Madrid adelantándole un número, no anunciado en sus churriguerescos carteles, sin duda para que fuese mayor y más grata la sorpresa.

Al efecto, y por conducto del Canal del Lozoya, propinó en la madrugada del último jueves á todos sus administrados, sin distinción de clase, un abundante y clásico desayuno.

Imagínate, lector, cuál no sería el asombro de la soñolienta fámula cuando en la madrugada de ese día, al oprimir el grifo de la fuente, vió salir un caño de chocolate tamaño del puño.

Es verdad que el chocolate estaba hecho con agua y no era de calidad superior; sabía á todo menos á cacao; pero ¿no era acaso hermano gemelo del que expenden en las tiendas de comestibles á peseta y á 6 reales libra con su correspondiente regalito de porcelana?... ¡El mismo color rojo oscuro! ¡el propio sabor á tierra y á inmundicias!

Algunas familias de esas que van de tertulia al café todas las noches á tomar su tacita de moka con media tostada y desafinaciones de piano, disputaron y aun vinieron á las manos con motivo de si el agua de Lozoya era ó no era café de caracolillo, que sólo se diferenciaba del que tomaban á diario en que no tenía azúcar.

Únicamente Galagarza (creo que se llama así), el alquimista del Ayuntamiento, sostuvo que el tal líquido (que era sólido) no tenía nada que se pareciese á café ni á chocolate, sino que era agua clara, limpia, transparente y saludable, según análisis que él había hecho.

El tal químico debe de andar ocupado en descubrir la piedra filosofal en el laboratorio del Municipio, porque ni al diablo se le ocurre dar un parte por el estilo.

¡Ah, Sr. Galagarza! Usted no dará nunca con la transmutación de los metales, pero sí con la de los líquidos; porque supongo que cobrará usted un sueldo por analizar el agua.

Una casa inglesa está haciendo barriles de papel de los desperdicios de cualquier materia de naturaleza fibrosa, y parece que esa nueva industria le está dando muy buenos resultados, porque el material le cuesta muy poco, y los barriles salen impermeables y muy duraderos. El procedimiento de la fabricación consiste en reducir el papel viejo y trapos de algodón á una especie de pulpa semilíquida, lo cual se hace en una máquina que se compone de una estufa de vapor y un tanque redondo lleno de agua.

Cuando la pulpa ha tomado la consistencia necesaria, sale de ese tanque y pasa á otro que contiene los moldes en que se forma el casco de los barriles. Para esto se usan unos cilindros de la figura de un cono doble, cuyo diámetro se aumenta ó se disminuye por medio de tornillos y palancas de una combinación muy ingeniosa. Puesta la pulpa al rededor de esos cilindros, se prensa para extraerle el agua, y luego se calienta á vapor para que se seque y tome la forma en que ha de quedar al endurecerse. Después de esto, y merced á los tornillos y las palancas, se saca el cilindro, reduciendo su diámetro lo necesario para que salga por uno de los extremos del cuerpo del barril. Las cabezas se hacen también en prensas moldeadoras. El periódico de donde tomamos la noticia no nos dice de

qué manera se sujetan las cabezas en los barriles, á pesar de que describe muy minuciosamente todas las demás partes de la fabricación. Sin duda será clavándola.

**

Ha causado gran sensación en Niza el trágico fin de una joven yankee, miss Jane Armstrong, que después de perder toda su fortuna en el Casino de Mónaco, puso fin á su vida.

La infortunada joven llegó de Nueva York á principios de Agosto, instalándose en una villa que alquiló en la aldea de Ventimiglia. Al principio hizo algunas visitas al Casino, al parecer por pura curiosidad, pues se abstuvo de tomar parte en el juego, hasta que hace quince días cedió á la tentación de probar fortuna, y ésta se le mostró tan propicia, que en una sola sesión ganó 100.000 francos.

El núm. 24, que era al que hacía sus apuestas miss Armstrong, salió seis veces seguidas en este día.

Entusiasmada con tan brillante éxito, continuó en los días siguientes frecuentando las mesas de juego y haciendo puestas de consideración; pero la suerte, que el primer día le había favorecido con tanta insistencia, la volvió la espalda.

Cuatro días después de haber ganado los 100.000 francos había perdido, no sólo esta suma, sino 200.000 duros más, que constituían la mayor parte de su fortuna.

Cambió otra vez la suerte, y manteniéndose siempre fiel al núm. 24, recobró todo lo que había perdido, teniendo entonces el buen acuerdo de retirarse, asegurando que no volvería á jugar más.

Desgraciadamente, faltóle resolución bastante para cumplir su promesa, y el lunes último, por la mañana, viósele de nuevo apostando á su número favorito grandes sumas. Miss Armstrong permaneció en la sala de juego hasta perder el último dollars. Cuando se retiró á primera hora de la noche, había dejado en el Casino la enorme suma de 250.000 duros, más unos 100.000 francos que constituían su ganancia el día que había tomado la revancha.

Al día siguiente la encontraron muerta, con el corazón atravesado de un balazo, en su habitación de Ventimiglia. A su lado estaba el revolver que le había servido para poner fin á su vida.

La desdichada jugadora, que era muy guapa, no tenía más que veintiséis años.

¡Qué lástima!

Si se hubiese venido por acá, ¡con qué placer la habríamos nosotros consolado!

J. G. M.

LOS ESPAÑOLES DEL TIEMPO DE FELIPE IV⁽¹⁾

PINTADOS POR SÍ MISMOS

ON Juan Eugenio Hartzenbusch, escritor eminente, gloria del teatro moderno, á quien nunca podré olvidar, porque fué para mí cariñoso amigo y bondadoso maestro, publicó dos artículos en el *Siglo Pintoresco* (año 1845) con el título de *Costumbres españolas del siglo XVII*; á manera de cromos literarios, que sacó del libro de *Don Juan de Zavaleta*, titulado *El día de fiesta en Madrid, por mañana y tarde*.

El trabajo de poda de D. Juan Eugenio resultó ameno é interesante, habiendo sentido los amantes de esta clase de estudios, que el autor de *Los amantes de Teruel* no fuera adelante en su propósito de retratar los usos y costumbres de las damas y galanes de aquellos felices tiempos.

El *Siglo Pintoresco*, dirigido en la parte artística por D. Vicente Castelló, y en la literaria por D. Francisco Navarro Villoslada, no vivió más que un año, á pesar de su mérito, y esto por falta de suscritores, lo cual hace que los interesantes artículos de Hartzenbusch puedan considerarse hoy como no publicados.

Me mueve á pensarlo así la dificultad que hay para encontrar ejemplares del único tomo del *Siglo* que se dió á la estampa; y pensándolo de buena fe, me siento inclinado á tomar un tomo para espigar á mi vez en el campo de Zavaleta, como espigó D. Juan Eugenio, y de ese modo los cuadros auténticos de las costumbres y los retratos de aquellos galanes no se perderán en el olvido en que por desgracia de las letras yace el insigne Zavaleta, y eso que recientemente se ha hecho en Barcelona una edición de su libro (1885).

(1) Del notable libro *Madrid Viejo*, tomo segundo, que se publicará en breve.—(N. de la R.)

Con la venia, pues, de mi maestro y de mis asiduos lectores, voy á hacer un apunte glosado en las bellezas que el libro tiene esparcidas, enmarañadas y ocultas entre un cúmulo de reflexiones filosóficas de tomo y lomo, que ya no se leen ni pueden leerse, porque desafinan y llegan á hacerse insoportables. Bajo este punto de vista, el *Día de fiesta*, de D. Juan de Zavaleta, resulta terriblemente pesado.

Si yo consiguiera que no lo fuese, eligiendo en el libro lo que debe decirse y apartando lo que deba callarse á nuestro público impresionista, tendría la satisfacción de haber vendimiado con fruto y á mucha gala el haberlo hecho.

Dicho esto en puridad, armo mi caballete y empiezo.

I

EL GALÁN

De cómo se hacían la barba los Lindos (1) de la calle Mayor; cómo se engrasaban y empavesaban las guedejas; cómo se agarrotaban el cuello con la golilla, y cómo se calzaban zapatos prietos de cordobán, curado con zumaque en la Ribera de Curtidores.

Despierta el galán de los Madriles el día de fiesta á las nueve de la mañana, atado el cabello atrás con una colonia (2). Pide ropa limpia, y dásela perfumada. Dícele á un-criado que le dé de vestir, y que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónese un jubón cubierto de oro, se calza y se pone unas medias de pelo tan sutiles, que después de habérselas puesto con grande cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas.

Si es fealdad no estar calzados, ¿cómo se calzan los hombres de manera que parece que andan descalzos? No sé cómo hay en el mundo quien se ponga medias de pelo, porque há menester andar con más cuidado que si llevara piernas de vidrio. Las guarniciones de las faldas de las mujeres se las amedrentan y estrujan; las conteras de los espadines las asustan, y los pies de las sillas las espantan.

Ajústase, en fin, las medias nuestro galán á las piernas, con unos ataderos tan apretados, que no parece que aprietan, sino que cortan. Pónese en pie; pregunta si han venido el zapatero ó el barbero, pero ni el uno ni el otro parecen. Pide el chocolate, para esperar con menos fastidio, y se lo traen con mantecadas de Astorga y polvorones de las monjas de Constantinopla.

En esto entra el barbero, como una saeta, dando priesas. Pide lumbre para los hierros, y dice que pongan en ella el escalfador. Siéntase el galán en una silla de Moscovia, y en sentándose, pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hacia donde el barbero le manda.

Pónese un peinador muy plegado formando canalones, que es lo mismo que ponerse unas enaguas por el cuello. Rodea una toalla al embudo del peinador en forma de muceta, y le cuelga el navajero, que parece un babador. Le ajusta bien detrás de las orejas el cabello; echa el agua *vahendo* en la vacía; encájasele por la muesca en la garganta, debajo de la nuez, y déjale la cabeza como testa de degollado que llevarán en bandeja para hacer un presente.

Empieza á bañarle la cara oliéndole las manos á lo que almorzó, si no es que huelen á cosa peor. Salpícale con la lejía los ojos, y por entre los dedos corren chorros hacia la boca. Ruédale el jabón por la cara, y déjasela de picazo de carnestolendas, de juglar de sainete y de botarga.

Desahógale de la vacía y saca una navaja del estuche, la limpia por ambas haces en la palma de la mano izquierda, como quien la afila, y empieza á raerle con ella el rostro. Córtale un poco en un carrillo y pónese un dedo encima tapando la cortadura. Esta atención dura hasta que vuelve á bañarle, que entonces se limpia la sangre de todo punto.

Báñale segunda vez, repásale con la navaja, y por quitarle bien los pelos del perfil del labio inferior le mete dos ó tres veces el dedo en la boca cual si fuera chupador, y echa de ver que es bobo quien se lo sufre.

Refréscale la cara con agua fría, y cogiéndola con la toalla de lienzo crudo entre sus dos manos, se la enjuga y se la zarandea.

Mira si están los hierros bien puestos en la lumbre y los prueba en un papel. Desenvaina un peine y unas tijeras del estuche, y parte al miserable paciente abriendo y cerrando en el aire las tijeras. Arremángale las narices con el dedo pulgar de la mano en que lleva el peine, y con las tijeras se las *desenzarza* de pelos. Corre luego á las orejas y escómbrase las, y anda de aquí para allí despuntando cerdas y alineando pelos.

Sacude al fin en el peine las tijeras, encaja aquí en sus cabellos, deposita las tijeras en la pretina; arrebatada, como quien se quema, los hierros de la lumbre y échalos por los anillos en el agua que quedó en la vacía. Huye el calor, quejándose del sitio que el agua moja. Riega lo que resta hasta el fiel, y hace con los rocíos el hierro caliente el mismo ruido que hacen los que labran sombreros.

(1) Lindo. El hombre afeminado que cuida mucho de su compostura. Dícese más comúnmente *D. Lindo*.

(2) Cinta de seda de dos dedos de ancha.

MUSEO DE ARTES



Seraf. Martínez del Rincón lo pintó.

¡POBRE BRUJA!

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª

AMERICANOS ILUSTRES



FOTOG. DE D. F. DEBAS.

EXCMO. SR. D. JULIO BETANCOURT

Ministro de Colombia en España.



FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

DON RUBÉN DARÍO

Notable poeta americano.



FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^ª

MADRID.—VISTA DEL PALACIO DE EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES EN EL PASEO DE LA CASTELLANA

Empúñalos, sacúdelos, enjúgalos, examínalos, arrimándolos á la cara, y embiste á los mojados bigotes con el mismo arrojamiento que si estuviera aquel cuerpo difunto; valos el hierro tirando y el calor endureciendo. Después de muchas tenazadas con el encrespador, los deja tan arrimados al rostro, y tan aguzados de puntas, que más parecen fingidos con un pincel que aliñados con un hierro.

Cobra de su pretina las tijeras, y del cabello el peine; acude al pelo que se desmanda y córtale ó le unta de sebo. Escudriña todo el rostro por ver si falta algo, y déjale como ve que no falta. Trae el espejo, bésale, entrégale, y mientras el galán se mira, le va desamortajando. Sacúdele de la garganta con el peinador los pelos pegados; le quita el babero; dícele al paciente que guarde Dios, y recoge el espejo. Junta sus trastos, toma su capa, carga con ellos, recibe la satisfacción y vase como quien huye.

Lávase luego las manos porque estén blancas, debiendo cuidar de que estén limpias, no de que estén blancas. Pónese la golilla, que es como meter la cabeza en cepo. Está la golilla aforrada en blanco, por dejar de la valona no más de algunos visos.

Estréchase en la ropilla, muriendo por quedar muy entallado. No hay hombre mozo que desde el remate del pecho á la cintura no quisiera caber en un cañuto. Arquéase las costillas tanto, que no sé cómo no saltan. Abolla y arruga el estómago.

Ensangosta de manera el camino de la respiración, que entra y sale de tres veces el aire que había de entrar y salir de una. Intenta ceñirse con la pretina el vientre, y está forcejeando un buen rato para pintarla por los dos extremos.

En estando con toda esta faena metido en cinturas, desenlaza la colonia que le aprisionaba el cabello. Toma el peine de desenredar y derrama en ondas por los hombros la guedeja. Echa la cabeza atrás para peinarse; aplica luego los menudos dientes de pulir, y deja de por sí cada hebra. Vuelve á tomar el peine más vacío, y ahuecarse la melena en forma de espuma, y déjala hecha un golfo con quien juega el viento.

Toma la espada y se la pone con la vaina abierta, pues entra en la gala dar á entender un



CABEZA DE CIRCASIANA

hombre que anda fácil para una pendencia y debe su parte del bien parecer.

Y á todo esto no se ha calzado de zapatos el

galán, porque no ha venido el zapatero; pero en aquesto estando llega el maestro oliendo á cansado, y como la brega de este artista merece que se trate por separado, la dejo para otro capítulo.

II

Se ve en este capítulo á un maestro de obra prima, devoto de San Crispín, apretar las clavijas y los puños para poner zapatos de cordobán á los *pieses* de un *Lucido* á la moda, que usa capa de bayeta con veneras y sombrero negro de castor, para ir á misa de hora á la iglesia de Jesús.

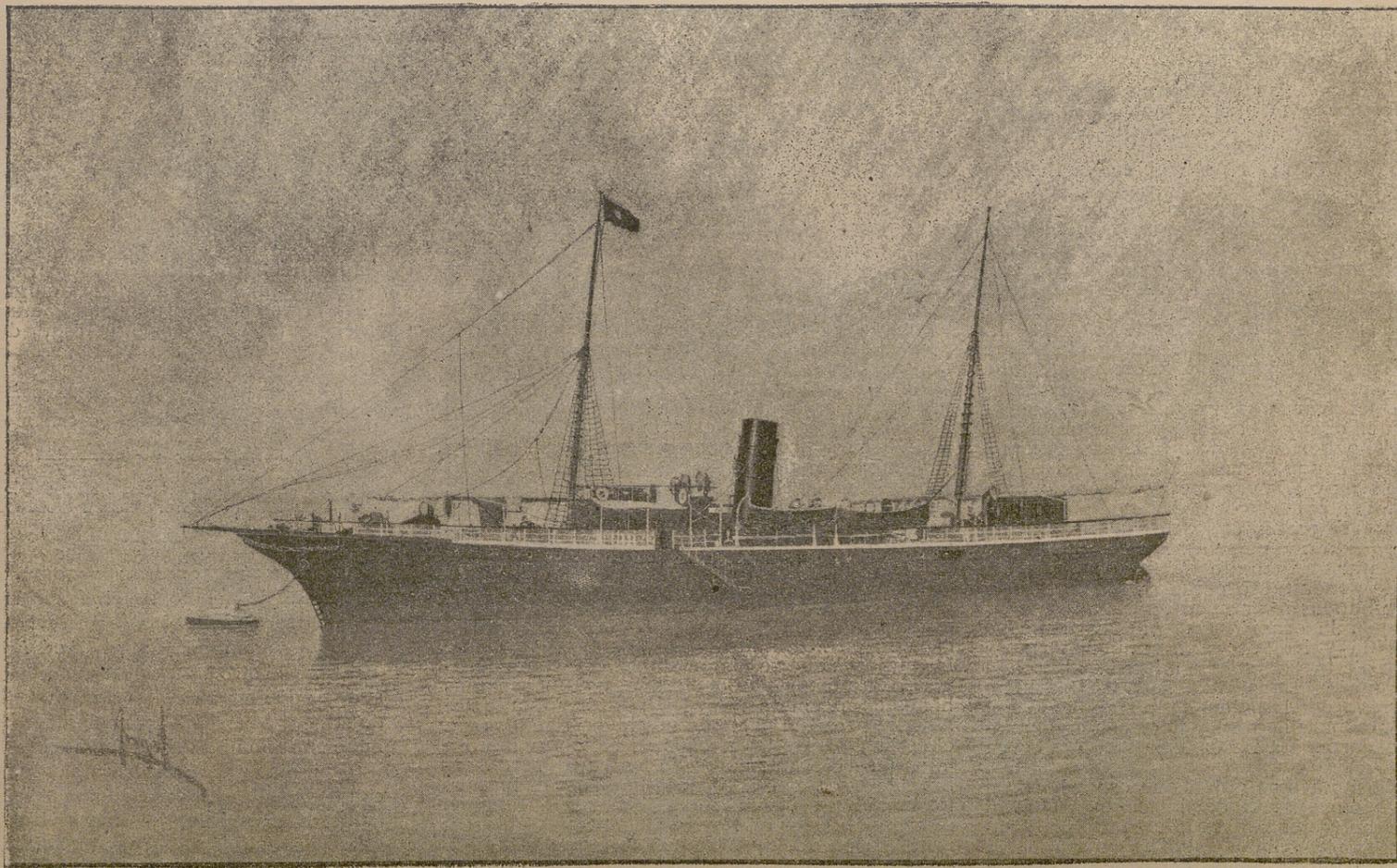
En llegando el zapatero, sin decir oste ni moste saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollara un conejo. Siéntase en una silla el galán, quitándose la espada y aflojándose antes los apretadores de la cintura, y el zapatero se hinca de rodillas. Apodérase de una pierna con tantos tirones y desagradados, como si le enviaran á que le dieran tormento.

Mete un calzador en el talón del zapato, encapillale otro en la punta del pie, y luego empieza á guiar el zapato por encima del calzador. Apenas ha caminado poco más que los dedos del pie, cuando es menester arrastrarle con unas tenazas, y aun arrastrando se resiste.

Pónese en pie el paciente fatigado, pero contento de que los zapatos le vengan angostos; y de orden del zapatero da tres ó cuatro patadas en el suelo con tanta fuerza, que, pues no se quiebra, debe ser de bronce.

Acoceados dan de sí el cordobán y la suela; pellejos, en fin, de animales que obedecen á golpes. Vuelve á sentarse el tal señor; dobla hacia fuera el copete del zapato, cógele de la boca con las tenazas, hinca el maestro junto á él entrambas rodillas; afirma-se en el suelo con la mano izquierda, y puesto de bruces sobre el pie, hechos arcos los dos dedos de la mano derecha que forman el gerre, va con ellos ayudando á llevar por el empeine arriba el cordobán, de quien tira con las tenazas su dueño.

Vuelve el zapatero á ponerse en una rodilla como primero estaba, empuña con la mano la punta del pie, y con la palma de la otra da sobre su mano tan grandes golpes como si los diera con una pala de jugar á la pelota; que es la necesidad tan discre-



JOAQUÍN DEL PIÉLAGO

Nuevo vapor de la Compañía Transatlántica de Barcelona.

ta, que se hace el pobre el mal á sí mismo por no hacerle á aquel de quien necesita.

Ajustada ya la punta del pie, acude al talón; humedece con la lengua los remates de las costuras, porque no faltasen de puro secas. ¡Tremenda vanidad sufrir en sus pies un hombre la boca de otro hombre sólo por tener aliñados los pies!

Desdobra el zapatero el talón, dale una vuelta con el calzador á la mano, y empieza á encajar en el pie la segunda porción del zapato. Manda que se baje la punta y hácese lo que manda. Llama hacia el zapato con tal fuerza, que entre su cuerpo y el espaldar de la silla abrevia torpe y desaliñadamente al que calza.

Dícele luego que haga talón, y el galán ofrece como un esclavo. Ordénale después que dé una patada, y él da la patada como se le ordena. Vuelve á sentarse, el cruel ministro saca el calzador del empeine, y por donde salió el calzador mete un palo que llaman *costa* (1), y contra él vuelve y revuelve el sacabocado, que sacándolo del cordobán para que entren las cintas, deja en el empeine del pie un dolor y unas señales como si hubieran sacado de allí los bocados.

Agujerea las orejas para las cintas; con una aguja lleva las orejas á que cierren el zapato; ajústalas, y da luego con tanta fuerza el nudo, que si pudieran ahogar á un hombre por la garganta del pie, el zapatero le ahogara. Hace la rosa después con más cuidado que gracia. Vuelve á devanarse á la mano el calzador que está colgando del talón; tira de él como quien retoca, da con la otra mano palmadas en la planta como quien se asienta y saca el calzador, echándose todo hacia atrás.

Pone el galán el pie en el suelo y quédasele mirando con admiración, porque aquello parece más pezucha de cabra que pie de varón. Levántase el zapatero, amasa con los dedos el sudor de la frente y queda respirando como si hubiera corrido.

Llega por fin el último y fiero trance de darle el dinero. Recoge el maestro sus baratijas: recibe su estipendio, con la añadidura de una propina, y sale por la puerta de la sala mirando si es buena la plata que le han dado y dejando á su dueño de movimientos tan torpes como si le hubieran echado grillos.

Vuelve el galán á ceñirse la espada que hubo de quitarse, y llama al criado para que le apriete la cintura y le esponje la gola.

En seguida le pone el fámulo la capa de bayeta, rodeada toda de puntos al aire, cuajado el cuello, y los escudos tan erizados por donde quiera, que da miedo tocarla con la mano. Mas si tuviese pretensiones de rosa, ¡quién se embravece de puntas!

Toma luego el sombrero de castor labrado en París, negro y luciente como el azabache, de precio tan crecido, que con lo que él costó pudieran tener mantos con que ir aquel día á misa seis viudas pobres, que por estar sin ellos se quedan sin ella.

Ordena con la mano las puntas de humo de la toquilla, no habiendo mano tan desordenada como la que compró aquellas puntas. Anochece y no desaparece entre ellas el listón de color que le dió por favor la dama, secreto parecido á su secreto, pues el favor que más encubre lo hace de manera que le divisan todos.

Pónese el sombrero y danle el espejo. En él se hace el galán una visita de cumplimiento á sí mismo. Agrádase de verse tan compuesto y tan apretado, y dase la enhorabuena de *Lucido*. Deja el espejo muy pagado enviándole besos; compone con ambas manos las faldas de la ropilla, y empieza á caminar á la calle á saltos de perdiz por la cuestión de tormento de segundo grado á que le sujetó el calzador de zapatos rusos.

Entra nuestro galán en la iglesia haciendo de su misma sombra espejo. Lo primero en que pone los ojos es en las damas: (él quedará sin ojos). Llega delante del altar mayor, pone la punta del lado derecho de la capa en el suelo, y pone en ella la rodilla. Si el poner en el suelo la capa es limpieza, es melindre muy fuera de tiempo; y si es comodidad, es muy irreverente desahogo. ¡Atreviérase nadie á ponerse de rodillas delante de un Rey de la tierra previniéndose de descanso y de aliño? Claro está que no se atreviera. Pues, ¿por qué, para estar un instante delante del Rey del Cielo, ha de poner tanto cuidado en no deslucir su gala y en no lastimar su cuerpo?

Terminada la oración se levanta, arrimase á una capilla y habla con la mujer hermosa más cercana mientras sale la misa; se ahueca el pelo, se endereza la golilla, se mira los hombros, y arrima con la palma de la mano la liga á la pierna. Acábase la misa y hace con gran puntualidad la cortesía á las damas que están cerca de él.

Parécele á nuestro galán que es ya hora de comer porque acaban de dar las doce en el reloj de San Felipe, y mirando si le miran, dando pasos de agrado, toma el camino de su casa á la coxcojita, porque no puede soportar el tenazón de los zapatos que le calzó á apuro de tirones el maestro de obra prima.

III

LA DAMA

En donde se descubren secretos que guarda la arquilla de medicamentos de la hermosura, como afeites, postizos y relleños, guardainfantes para las feas; escotes y degollados para las que pueden enseñar algo; mantos de humo transparentes para las que se escurren á galanteos en las iglesias por devoción ó por costumbre, por aquello de «Tapada en puerta, embolismo á la vuelta».

Amanece para la dama el deseado día de fiesta, para ella verdaderamente de holgar, porque ha de salir á ser vista. Entra en el tocador en enaguas y justillo y vase al sitio de la reformación. Se sienta en una almohada pequeña, engólfase en el peñador, pone á su lado derecho la arquilla de los medicamentos de la hermosura, y saca más aderezos de engañar los ojos que un jugador de manos de la bolsa ceñida y empieza á mejorarse el rostro. Mientras ella se traspinta por delante, la está blanqueando por detrás la criada. Pienso que esto ha de venir á parar en albañiles. Esta mujer no considera que si Dios gustara que fuera como ella se pinta, él la hubiera pintado primero. El demonio suele, cuando quiere engañar un alma, transformarse en ángel de luz. Lo mismo hace una mujer fea que se aliña el rostro. Para engañar las almas, hace cuanto puede por transfigurarse en ángel; y sabiendo los hombres que todas amanecen demonios, se dejan engañar de la luz mentirosa que se aplican con pinces y esponjas.

Siempre ha parecido en los pulpitos y en los libros reprensión de poca importancia la de los afeites, pues cierto que no lo es. Naturalmente apetecen los hombres con grande ansia á las mujeres. Uno de los remedios que hay para esto es que ellas tengan pocos instrumentos de incitar. La fea, con los afeites, es menos fea, y no sé si diga que hermosa; la hermosa, hermosísima. Ve un hombre una mujer en la calle más blanca que la nieve, las cejas como de ébano, las mejillas como de rosa, los labios como de coral y la garganta como de alabastro. Como no la ha visto su cara natural, piensa que es aquella su cara y enamórase de ella. Si este hombre viera en aquella misma parte en que ve el alabastro, el coral, las rosas, el ébano y la nieve, un pellejo de color de sombra, unos ojos sin las cejas con que anochecieron, unas mejillas pálidas sin sangre, una nariz que berenjenea, unos labios blanquecinos, los dientes turbios, el aliento pesado y una garganta sin lustre que desde lejos parece esclavina, no hay duda que apartara los ojos de aquellos horrores. Por el engaño del afeite cayó él en otro engaño. Miren si puede mucho el afeite. Diránme ahora que para rehacer el cariño del matrimonio es de alguna importancia este engaño; pienso que se engañan. El amor entre los casados bien puede ser que le empiece la hermosura; pero quien le prosigue es la condición, los hijos y los buenos oficios. La mujer que trata blanda y atentamente á su marido, con cualquiera cosa es hermosa. El amor no entiende de caras; la mejor es la querida. Muy inicuo, muy ingrato es menester que sea el hombre que no quiere bien á la mujer propia, que cumple con las obligaciones de mujer.

En teniendo el rostro aderezado nuestra dama, parte al aliño de la cabeza. Péinase, no sin algún trabajo, porque hallará el cabello apretado en trenzas de tal arte trabado lo uno con lo otro, que parece cabeza de loca que se ha prendido al pellejo tiras de bayeta. Recoge parte de él y deja parte libre, como al uso se le antoja que es llevarlo crecido. Pónese luego más lazadas de cintas de colores y parece que tiene la cabeza florida. Esto hecho, se pone el guardainfante. Este es el desaliño más torpe, en que el ansia de parecer bien ha caído. Si una mujer tuviese aquella redondez de cuerpo desde la cintura abajo, ¿hubiera quien se atreviera á mirarla? Ponerse postizo un ojo, vaya; porque los ojos son hermosura; pero ponerse una hinchazón contrahecha, ¿quién lo puede hacer que no esté fuera de tino?

Echase sobre el guardainfante una pollera con unos ríos de oro por guarniciones. Pónese sobre la pollera una basquiña con tanto ruedo, que colgada podía servir de pabellón. Ahuécase la mucho porque haga más pompa, ó porque coja mucho aire con que hacer su vanidad mayor. Entra luego por detrás en un jubón emballado, y queda como con un peto fuerte. Este jubón, según buena razón, había de rematar en el cuello; mas por el pecho se queda en los pechos, y por la espalda en la mitad de las espaldas. Cierro que las mujeres que se visten al uso se visten de manera, que estoy por decir que anduvieran más honestas desnudas: no les falta sino quitarse aquella pequeña parte de vestidura que les tapa el estómago. De los pechos se ve lo que hay en ellos más bien formado; de las espaldas descubren lo que no afean las costillas; de los brazos, los hombros están patentes, lo restante, en unas mangas abiertas en forma de barco, en una camisa que se trasluce. Lo que tiene muy cumplido el jubón, quizá porque no es menester, son los faldones, y tan cumplidos y tan grandes, que echados hacia la cabeza, pueden servir de mantellina.

Ahora entra una ropa hecha de líneas casi invisibles. Un triangulito por espalda, una cinta

por cola, dos circulitos por brahones y dos castañas por mangas. ¿De qué sirve esto? Nada de esto sirve, ni de decencia, ni de abrigo. Para no traer ropa, ¿no era mejor no traerla?

Llega la valona cariñana, que es como una muceta, con más labores que si fuera labrada en la China. Esta se prende toda alrededor. Corre luego desde la garganta por encima de la valona un chorro de oro y perlas.

Vuelve á tomar el espejo para retocarse, y dase la última mano en el espejo. Allí vuelve á la mata con cariño el cabello que se desordenó de la mata. Allí la hoja de la lazada que dejó su lugar la vuelve á su lugar blandamente. Allí la parte de la cariñana, que se desarrimó del cuerpo, la prende por incorregible, y allí, en fin, queda todo en la perfección última.

Pónela una criada el manto de humo; ella queda como sin manto: tan en cuerpo se está como se estaba, y de aquella manera quiere ir á la calle, como si fuera á otro cuarto de su casa.

En teniendo el manto puesto, pide los guantes, y dáselos con unas vueltas labradas de tantos enredos hermosos, que no acierta la vista á salir de ellos.

Danle luego, si es invierno, la estufilla de martas, que costó más que costaran ocho carros de carbón. Para calentar unas manos hacen trasudar un caudal, y dejan un arca vacía porque estén ocupadas unas manos; si lo que se trae de más lejos es lo mejor, bien pudieran estimar en más el juicio que las martas, porque las martas vienen del Norte y el juicio del cielo. Si es verano, le dan un abanico que costó seis escudos. Hasta que se usaron los abanicos costó el aire de balde: los otros tres elementos há muchos siglos que son mercancía.

¿Cuántos males pensará esta dama que hace con estos aliños? Pues sepa que hace infinitos males. Lo primero, pierde el tiempo. Luego, si se viste para ir á la iglesia, ¿cómo piensa agrada á Dios si va en el traje de que Dios se desagrada? Fuera de esto, se quita ella á sí misma la buena fama, porque nadie cree que una mujer se engalana mucho para sí misma: aunque ella se vista sin intención, los que juzgan que la lleva se le atreven, y es prodigio la que rogada es buena. Entre otros daños que hace, es el mal ejemplo que da á las otras mujeres: cada una apetece aquellos aliños, y para alcanzarlos, ó riñe con su marido, ó se deja seguir de un galán; y al galán ó al marido le molesta tanto, que á veces le obliga á buscar por malos medios el dinero que para aquello es preciso. Pero ¿qué se le da á ella de esto? Rara debe haber sido la mujer que viendo entrar con dinero al marido, ó al galán, haya reparado en el modo con que le ha adquirido.

Entra en el templo nuestra dama, convirtiendo así los ojos de todos, y arrastrándose en reverencias. Toma lugar, y tómallo enfadándose con las que no se le dejan muy desahogado, porque presume que el mejor vestido merece el mejor lugar. Lo que yo sé es que de ordinario quien pretende el mejor lugar no le merece. Oye algunas pesadumbres, y hace que no las oye. Quien no sabe sufrir algo, sufre más de lo que debía sufrir.

Pónese de rodillas porque se usa, no porque ella use de aquel rendimiento para nada.

Sale la misa, y óyela holgándose de ser mirada, y mirando sólo por gravedad á la misa. Responde tal vez si la dicen algo, y aunque no haya de responder, se alegra de que la digan. Mira con mucha atención las perfecciones ó los defectos de los galanes, para contarlos á la tarde entre sus amigas. Está en la iglesia hasta que el sacristán hunde la puerta á golpes para que se vayan; que hay malos para quien es holgura la iglesia. Entonces sale con unos pasos muy serenos, toma el camino de su casa gustosa, y deja el templo lleno de ofensas.....

Y así sucesivamente.

Por el expurgo y arreglo,
RICARDO SEPÚLVEDA.

ISABEL LA CATÓLICA

Oyendo á aquel oscuro navegante, sintió entusiasmo, admiración, sorpresa, y al abarcar tan atrevida empresa, con alma varonil pensó:—¡Adelante!

¡Llevar al otro lado del Atlante, á la vez que la patria, la promesa de eterna redención!... ¡Jamás Princesa hubo empeño ni gloria semejante!

Inspirada en tan alto pensamiento, con firme voluntad rigió su mano hombres, supersticiones, mar y viento; así un mundo surgió del Océano, la Tierra en el azul del firmamento, y en la Historia, inmortal, el genio hispano.

ROSARIO MARTÍNEZ.

(1) Instrumento que usan los zapateros para alisar y bruñir.

VANCOUVER



A isla de Vancouver, separada del continente de la América del Norte por un largo estrecho, que termina á la extremidad sobre el Puget-Sound, bahía magnífica, cuyas riberas pertenecen á los Estados Unidos, es de todas las colonias inglesas la más nueva, y acaso, por lo mismo, la que más interesa estudiar bajo el punto de vista de las costumbres, del comercio y de la industria.

Como aquel célebre personaje de Enrique Monnier, que desde su más tierna infancia manifestaba un gusto decidido por las hipotecas, los ingleses han tenido siempre afición á las colonias. No serian ellos los que se hubiesen consolado por la pérdida del Canadá, después de no haber hecho nada por conservar, con pronunciar estas palabras:

«¡Qué nos importan unas cuantas fanegas de nieve!»

Unas cuantas fanegas de nieve, pobladas por 2.000.000 de habitantes, y que producen anualmente 500.000.000 de francos, valian, sin embargo, la pena de conservarse. Inglaterra la tomó y se apresuró á ampararse del Canadá, que mantiene su poderío más allá de los mares, y asegura escalas á su comercio con la inmensa Australia, Bahama, el Cabo de Good-Hope, Ceylan, la India, la Jamaica, la isla de Mauricio, Natal, Nueva-Brunswick, Nueva Forensdland, Nueva-South-Wales, Nueva Zelandia, Nueva Escocia, Queensland, San Vicente, Tasmania, Trinidad y el país de Vancouver, que nos ocupa, y cuya importancia ha aumentado considerablemente desde 1858 á consecuencia del descubrimiento de las minas de oro de Fraser.

Hasta entonces la isla de Vancouver, rica en hulla de buena calidad, y cuyo clima es poco más ó menos igual al de Londres, sea dicho sin ironía, no había sido explotada sino como terreno de caza por la Compañía de la bahía de Hudson; pero á la primera noticia del descubrimiento del metal precioso, fué una nube de buscadores de oro la que cayó sobre ella. Desde el 20 de Abril al 26 de Julio de dicho año de gracia y de polvos de oro de 1858, 77 buques de vapor y de vela, salidos de la California, desembarcaron en Victoria, la capital, y en Puget-Sound, cerca de 24.000 emigrantes, de los que unos 5.000 eran franceses. Bajo la influencia de la fiebre del oro, calzados con botas de *caoutchouc* y adornados con el tradicional sombrero de paja, se dedicaron á reconocer aquella tierra tan llena de promesas, que estaba muy lejos de contener todo lo que habian prometido. Muchos de aquellos buscadores de oro, según Mr. Vogel, no encontraron sino desgracias en las riberas del Fraser, á consecuencia de las súbitas crecidas del río, del difícil acceso del país, de la hostilidad de los indios que lo habitan y de la misma forma en que se halla el precioso metal. El polvo de oro que allí se recoge parece ser de tal finura, que no se puede conseguir separarlo de la arena con que está mezclado, sino por medio del mercurio. En Julio de 1859 se estimaba la suma total de oro colombiano recogido en el espacio de quince meses, en una quincena de millones de francos, mientras que la exportación mensual del oro californiense llega, y con frecuencia pasa, de unos 20.000.000, cifra que denota una producción veinte veces más considerable, y refuta la opinión exagerada que se había hecho formar al principio acerca de las riquezas del Fraser.

Donde se ata la cabra, que paza, dice la sabiduría de las naciones, por boca de los cabreros. El oro falta en Vancouver; mas ¿qué importa? Veinticinco mil trabajadores se hallan allí fijamente llenos de valor y de fuerza, y esta base de población debe asegurar el porvenir de un país, explotando la verdadera riqueza de todo suelo: la riqueza agrícola.

Las ciudades se han formado como por encanto. Victoria, donde acampaban hace diez años 250 personas dependientes de la Compañía de la bahía de Hudson, es hoy una completa ciudad, donde se encuentran hoteles que hospedan al viajero á razón de 60 francos por semana; donde los católicos, los metodistas, los congregacionistas, los presbiterianos y los israelitas tienen templos apropiados á sus diversas creencias; donde las escuelas reciben niños blancos y de color; donde los almacenes tienen luces de gas, se imprimen tres periódicos y hay otras tantas compañías de seguros contra incendios; donde se cuenta con una sociedad de horticultura y un teatro de verso, varios billares, gimnasios, *jockey club*, una guardia nacional y una sociedad filarmónica, fundada expresamente para la ejecución de las obras de Hœndel, que los ingleses colocan con orgullo á la cabeza de sus compatriotas nacionales, sin duda porque Hœndel ha nacido en Alemania.

¿Es necesario mucho más para vivir dichoso cuando no se desea habitar un punto de nuestro globo con preferencia á otro? Unid á esto que los comestibles son abundante y baratos y que los

caseros no elevan los precios más allá de lo que los inquilinos consideran razonable.

Hay, sin embargo, un reverso de la medalla que nos hace conocer con todo el horror de su elocuencia la estadística de la población entera de la colonia:

| | |
|--------------|--------|
| Hombres..... | 35.000 |
| Mujeres..... | 1.500 |

Mil y quinientos graciosos y frescos semblantes, los supongo todos frescos y graciosos, para alegrar un paisaje sembrado por 35.000 paletots, me parece muy poco. Por esto no me admiraría ver adoptar para Vancouver una medida semejante á la que las autoridades quisieron tomar hace algunos años para los australienses, que se quejaban amargamente de la carencia de sexo bello, en una petición muy curiosa dirigida á la legislatura de Virginia.

No estamos ya en los tiempos de de las Sabinas, y las medidas de Rómulo han envejecido. Los raptos de esa clase se hacen hoy de buena voluntad. Por eso la legislatura de Virginia, tomando en consideración la demanda de los caballeros australienses, acordó simplemente una prima á la importación de mujeres. Esta prima ofrecida á todas las compañías de importación produjo maravillas. Las modernas Sabinas entraron en el negocio, y Melbourne no tuvo al poco tiempo nada que envidiar á otras poblaciones modernas bajo el aspecto de los meriñaques.

La importación de mujeres en América es por lo demás tan antigua como el descubrimiento del país. Las primeras familias europeas de Virginia, entre los años 1616 y 1618, se formaron por dos remesas consecutivas de jóvenes, cuyo pasaje fué pagado en tabaco por los que las pidieron en matrimonio. Sandys, el tesorero de la compañía de emigración, pensando con razón, según dice un historiador de los Estados Unidos, que el lazo más fuerte para unir, perpetuamente las colonias á la América seria el matrimonio, resolvió hacer una expedición de muchachas para la Virginia. Las primeras 90 que llevó casaron en cuanto arribaron á Tames-Town. Su pasaje fué estimado en 1:0 libras de tabaco, que debía proporcionar cada desposado. En la segunda expedición, compuesta también de solteras en su mayor parte, el precio se elevó ya á 150 libras de tabaco. ¿Eran las chicas las que habian aumentado su valor, ó el precio del tabaco el que habia disminuído? El historiador americano no nos dice.

Pero sea de ello lo que quiera, volvamos á Vancouver.

Esta colonia ofrece el aspecto de un gabinete de curiosidades más ó menos raras y hasta espantosas. En efecto, la mirada desflora apenas algunos ejemplares de oro, de hierro, de hulla, de cemento, de cedro, de encina, de madera de pino, de aceite de perro de mar, de ballena, de vacas marinas y de lanas para detenerse en los productos de procedencia indiana.

Estos productos de la industria de los señores salvajes se componen de pieles de animales, de caretas espantosas, con que se cubren las caras en tiempo de guerra para combatir más dramáticamente; de harpones con que pescan los perros y las vacas marinas, de cañas de pescar, de arcos, de flechas, de remos de piraguas, de tejidos de paja torcida y de ornamentos de las personas, entre los cuales figuran grandes bolas de madera que se pasan por las orejas para agrandarlas cuanto más sea posible.

El procedimiento para esto es el siguiente: se comienza por hacer un pequeño agujero en la oreja de la persona que se quiere embellecer, y se pasa por ella una bolita del grueso del agujero. Algunos días despues, forzando el agujero, se introduce una más gruesa, y así, ensanchando poco á poco el agujero, se llega á introducir una verdadera bomba, que es el colmo de la elegancia. Sucede á veces que un indio, para dirigir una galantería de buen tono á su amada, se aprovecha del momento en que ésta, ocupada en su tocado, escoge entre las bolas la que debe adornar su oreja, para pasar súbitamente su mano y todo el brazo á través de la abertura descompasada de la hermosa. Cogida así por la oreja, no rescata su libertad sino á costa de un tierno beso.

A veces me han preguntado si las señoras aborígenes de Vancouver, enviando á la exposición de Londres las bolas propias para agrandar las orejas hasta el punto de convertirlas en claraboyas, se han propuesto introducir la moda en Europa. Eso sería un poco pretencioso por su parte, aunque, á decir verdad, los pendientes de nuestras elegantes y las bolas de las indianas no son cuestión sino de más ó menos, siendo la misma la base de la ornamentación en este punto.

Iba á omitir un producto, muy notable por cierto, de la industria de este pueblo primitivo. Es una sustancia que administran á los ancianos cuando la edad y las enfermedades les han hecho perder el vigor corporal y se ven obligados al reposo. El anciano traga la sustancia, y cae en seguida muerto.

OSCAR.

CANTARES

No te asustes, compañera,
que los hombres como yo,
si lloran, es de alegría;
si rien, es de dolor.

Te ríes cuando te digo
que eres causa de mis males:
¡pobre mujer!, ni siquiera
á tiempo reírte sabes.

Allá arriba el sol brillante,
las estrellas allá arriba;
aquí abajo los reflejos
de lo que tan alto brilla.

Allá lo que nunca acaba,
aquí lo que al fin termina;
¡y el hombre atado aquí abajo,
mirando siempre hacia arriba!

No me beses en la frente,
porque así no podré nunca
besarte cuando me beses.

¡Con cuánto descaro
la luna nos mira;
por una nube daría ahora mismo
diez años de vida!

Me llama holgazán tu madre;
¡como si el querer no fuera
una ocupación muy grande!

¡Cómo he de sufrirte,
mujer, de continuo,
si muchas veces no puedo aunque quiera
sufrirme á mí mismo!

¡Silencio!.. que duerme
mi madre la siesta:
la pobrecita no duerme de noche
para que yo duerma.

AUGUSTO FERRANZ.

CENTENARIO DE COLÓN



E han adherido últimamente al Congreso Geográfico hispano-portugués-americano los Sres. D. José María Martínez Añibarro, D. Angel Muñoz, don José del Perojo, D. Salvador Torres Aguilar, D. Alfonso Retortillo, D. José María Alonso de Beraza y D. Enrique Corrales, de Madrid; D. Bibiano Contreras, de Guadalajara; D. Francisco Gallegos, de Sevilla; D. José Lucini, de Zaragoza; D. Gumersindo Lozano, de Zamora; D. Virgilio Dronet y D. José Puig Verdaguer, del Ecuador; don Julio Cuervo y D. Belisario A. Caicedo, de Colombia, y D. Carlos A. Imendia, del Salvador.

Por lo que toca á los trabajos de este Congreso, son ya muy numerosos y de verdadero interés científico los que la comisión organizadora ha recibido, entre cuyas ponencias y memorias, entregadas en el mes de Agosto, figuran las de don Ramón María de Araztegui y D. Andrés Pérez Rivilla, delegados de la diócesis de Madrid, que tratan de la influencia del cristianismo en la civilización de los pueblos americanos; de la Cámara de Comercio española en Orán, sobre el idioma y el comercio español en Argelia; de don Fernando Leal de Sierra, respecto de las energías é iniciativas de la raza española y acerca de los intereses de España en el Noroeste de Africa; de D. Pedro A. Berenguer, delegado de la Academia general militar, acerca del estado de los idiomas castellano y portugués y su porvenir en América; de D. Angel Muñoz, sobre el comercio exterior de Bolivia y causas que impiden su desarrollo; de D. Tulio Febres, de Venezuela, acerca del origen de los americanos; de D. Blas Valero, delegado del Instituto de segunda enseñanza de Tarragona, acerca de los Estados Unidos de Venezuela; de D. Joaquín Ibáñez, respecto del comercio español con la América del Sur; y de D. Alfredo Lumúo sobre emigración y colonización europea en el Paraguay.

Además, D. Arturo de Marcoartú prepara varias Memorias tocante á las relaciones comerciales, cables iberoamericanos, reforma postal y de líneas de vapores á los Estados Unidos y arbitraje internacional.

Finalmente, la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago ha nombrado como representantes suyos á D. José Rodríguez Carricido y á D. Anacleto Cabeza; la Sociedad mejicana de Geografía y Estadística, á D. Vicente Riva Palacio y D. Manuel Payno; y la Sociedad Fraternidad Universal, á D. Francisco Miranda y D. Bernardo Alarcón.

**

Según la prensa de Manila, van á celebrarse en aquella población las siguientes fiestas para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

«*Funciones religiosas.*—Honras fúnebres por las almas del Almirante y compañeros de navegación. El día 12 de Octubre, á la hora aproximada en que Cristóbal Colón clavó en la Isabela el pendón de Castilla y elevó el estandarte de la fe, solemne *Tedéum* y repique general de campanas.

Festejos militares.—Gran parada por todas las fuerzas de la guarnición. Misa de campaña. El 12 de Octubre por la noche, retreta, llevando cada cuerpo ó instituto alegórica farola.

Festejos navales.—La marina de guerra contribuirá á celebrar el Centenario en la forma que estime adecuado. La marina mercante engalanará los buques. Iluminación en las embarcaciones y de las orillas de Pasig desde el puente de España hasta su desembocadura. Regatas en la bahía ó en el río, según el tiempo.

Festejos académicos.—Su organización corresponde á la Universidad. Velada literaria. Certamen festival estudiantil. Conferencias acerca del acontecimiento que se conmemora.

Festejos del comercio.—Procesión cívica: concurrendo cada gremio con artística carroza donde se exhiban, naturales ó artificiales, los productos de América que utilizan para su industria ó que expendan. Costeada por todo el comercio, la última carroza debe ser alusiva al inmortal genio que descubrió el Nuevo Mundo. El Casino Español y el Círculo Nacional deben concurrir á esta sección de festejos.

Festejos municipales.—Funciones de teatros, fuegos artificiales, músicas en las plazas. A ser posible, corridas de toros, genuina diversión española. Arcos conmemorativos y mástiles y gallardetes en los principales paseos. Iluminación en la Luneta.

Festejos populares.—Recomendar al vecindario encarecidamente el adorno de las fachadas de sus casas, durante los días de fiesta. Iluminación general.

* *

Los festejos que se celebrarán en la Catedral de Valencia, con motivo del centenario, van á ser notables.

Para las puertas y otros puntos del interior de la iglesia se utilizarán los cortinajes de terciopelo carmesí, propiedad del Ayuntamiento, á los cuales, como nota característica, se aplicarán bordados en sedas de distintos colores los escudos de Barcelona, del cabildo catedral y de los diferentes gremios que existen en nuestra ciudad. En las tribunas se pondrán artísticas colgaduras, que igualmente ostentarán los escudos referidos, y sobre la crestería de las rejas de los altares se colocarán grandes blandones de cera. Para aumentar la iluminación se están construyendo por el cerrajero de la plaza del Rey catorce arañas de hierro forjado, de artística forma, dibujo del Sr. Pascó, que se dejarán en su color natural y que contendrá cada una de ellas catorce blandones de regulares dimensiones. En la torre de mayor elevación se colocará un mástil de diez y siete metros y medio de altura y en el extremo ondeará la bandera de España, de grandes dimensiones, y á lo largo del citado mástil las banderas de Cataluña, León, Sicilia, Granada, Navarra, Mallorca, Córcega, Cerdeña, y Asturias; en la dirección opuesta, si bien que de mucho menor tamaño, las banderas de los antiguos condados de Urgel, Besalú, Cardona, Ampurias, Rosellón y otros. En la otra torre se colocarán asimismo banderas de los mismos reinos y condados, pero por causa de la menor elevación de aquella, no serán tan grandes como las citadas anteriormente. Además, en lo alto de las referidas torres se quemarán potentes fuegos de bengala, que irradiarán su luz á grande distancia, y considerables cantidades de teas en parrillas que se están construyendo al intento, y cuyo modelo, á semejanza de las que antiguamente existían en muchas poblaciones de la capital del Principado, ha dibujado el Sr. Pascó. En el trascoro de la Iglesia ondeará un estandarte del Pontificado. Se cantará la misa de Gounod por nutrida orquesta y numeroso coro.

El cabildo de la Catedral de Valencia remite á la Exposición histórica de Madrid los objetos siguientes:

Una caja para guardar reliquias del siglo xv.—Una tabla procedente de un retablo del siglo xiv.—Un cuadro representando la imagen de la Virgen Santísima de últimos del siglo xii á principios del xiii. Según tradición, este cuadro era colocado en el altar cuando los reyes de Aragón empezaron á honrar la Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción.—Otro cuadro de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, escuela de Rafael.—Una tabla del siglo xv pintada por Bermejo á expensas del arcediano de esta santa iglesia D. Luis Desplá.—Una alba con guarnición punto rosa, tejido español del siglo xvi.—Otra id. con encaje al mundillo y palillo, posterior á dicho siglo.—Otra alba preciosa bordada en oro y adornada con ricos encajes, punto de España, siglo xv.—Un relicario de plata del siglo xiv al xv.—Una mitra de forma románica que algunos aseguran perteneció á San Olegario, canónigo y obispo que fué de Barcelona y después arzobispo de Tarragona.—Un rico tapiz de terciopelo de Italia, azul y oro y con un centro de ter-

ciopelo carmesí, en el que se ve la imagen del Señor en el acto de la Resurrección y un escudo de armas bordado en sedas y oro, siglo xv.—Un misal del siglo xiv.—Otro id. impreso en 1521 según el rito de esta santa iglesia.—Un autógrafo del Gran Condé.—Un ejemplar de sello de cera del siglo xv.—Otro id. con la capa de papel con que se le preservaba de la destrucción.—Una fotografía de la custodia mayor.—Otra del báculo del obispo Arnaldo de Gurb.—Una silla del siglo xv de forma de tijera.—Un trozo de pavimento de azulejos de carácter árabe, del segundo período de esta industria artística, procedente de la antigua tribuna de los reyes de Aragón.—Un pequeño retablo del Renacimiento.

MALATESTA.

CRISTÓBAL COLÓN

(Continuación.)



us lugartenientes, sus pilotos, sus marineros, locos de alegría y sintiendo un respeto sobrehumano por el hombre que había entrevisto un mundo más allá del horizonte visible, y que en el día anterior habían ultrajado con su desconfianza; todos aquellos hombres cayeron á sus pies, besaron sus manos y sus vestidos y reconocieron por un momento la soberanía y casi divinidad de su obstinación, compañeros entonces de su constancia y resplandecientes de la gloria contra la cual habían blasfemado. Esta es la humanidad: persigue al genio, á los grandes iniciadores, y luego hereda sus victorias.

Durante la toma de posesión, los habitantes de la isla, retenidos primero á cierta distancia á consecuencia de su espanto y atraídos luego por una curiosidad instintiva, primer lazo que une al hombre con el hombre, se fueron acercando poco á poco. Los indígenas cambiaron sus impresiones acerca los espectáculos de aquella noche y de aquella aurora. Las naves de Colón, plegando y desplegando su velamen, sus antenas, sus vergas, miembros inmensos que parecían moverse al impulso de una fuerza oculta, les habían parecido seres animados y sobrenaturales descendidos á la isla durante la noche del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte: seres del cielo que flotaban en el aire con sus alas y que se dejaban caer, según su voluntad, sobre las playas de unas islas de la cual eran los dioses. Sobrecogidos por el respeto que sentían al ver cómo las chalupas abordaban en la playa, y al ver hombres cubiertos con trajes de brocado y armas que reverberaban la luz, habían concluido por acercarse, bien como si una secreta fascinación les empujara hacia ellos. Los españoles, al examinarles, quedaban á su vez sorprendidos de no encontrar en ellos ninguno de los caracteres físicos de conformación y de color que distinguían á las razas africanas, asiáticas y europeas que habían conocido hasta entonces. Su tinte cobrizo, su delgada cabellera, que se extendía ondulante sobre sus hombros; sus ojos sombríos como un mar, sus delicados y femeniles miembros, su fisonomía confiada y abierta, su misma desnudez y los dibujos coloreados que adornaban su piel, denunciaban una raza distinta de las familias humanas esparcidas en el antiguo mundo, conservando aún la sencillez y la dulzura de la infancia: raza olvidada por espacio de muchos siglos en esta parte no conocida del universo y que, á fuerza de ignorancia, había conservado la simplicidad, el candor y la dulzura de los primeros días del hombre.

Persuadido Colón de que aquella isla era un apéndice del mar de las Indias hacia las cuales creía navegar constantemente, les dió el falso nombre de indios, que fué conservado hasta que se extinguieron, error de lenguaje que sobrevivió al error del navegante.

Pronto los indios se relacionaron con sus huéspedes, mostrándoles sus habitaciones, sus fuertes, sus canoas, sus aldeas; trajéronles á guisa de tributo sus frutos, su pan de casaba, que renovó las provisiones de los españoles, y algunos dijes de oro puro que colgaban de sus orejas y narices; brazaletes y collares que adornaban la garganta, las piernas y los brazos de sus mujeres. Ignoraban el uso y comercio de la moneda, este suplemento venal, pero necesario, á la virtud de la hospitalidad; á cambio de todo aquello recibían con infantil embriaguez los más insignificantes objetos usados por los españoles. Lo que más apreciaban era su novedad. Lo raro y lo precioso es una misma cosa para todos los países del universo. Aquellos extranjeros que buscaban el país del oro y de la pedrería se informaron por medio de los signos del punto donde aquel metal se hallaba. Los indios les indicaron que se encontraba hacia el Sud, y el Almirante y sus compañeros creyeron que en esta dirección había una isla ó continente formando parte de las Indias, cuya riqueza se hallaba en armonía con las maravillosas descripciones de Marco Polo. Aquella tierra, de la que se creían muy cercanos, era, según ellos, la fabulosa isla de Cipango

ó del Japon, cuyo soberano tenía palacios ó moradas con pavimentos de oro. La impaciencia por llegar al fin de su quimera ó de dar satisfacción á su codicia, hizo que se embarcaran muy en breve. Se había renovado su agua en las fuentes de la isla y llenado sus puentes de frutos, de raíces y de casaba, presentes de sus pobres y felices huéspedes, de los que se llevaron uno para que aprendiera su idioma y les sirviese de intérprete.

Al dar la vuelta por la isla de San Salvador, se extraviaron en los canales de un archipiélago compuesto de más de cien islas de diferente extensión, pero en las cuales se veía la misma vegetación, la misma fecundidad, el mismo virgen y lujurioso aspecto que distinguía la isla primeramente descubierta. Abordaron en la mayor y más poblada. En seguida fueron rodeados por multitud de canoas formadas por un solo tronco de árbol ahuecado y tripuladas por indios, con los cuales cambiaron sus botones y sus cuentas de vidrio por el oro y perlas que traían. Su navegación y sus estaciones en aquel laberinto de desconocidas islas ofrecieron lo mismo que al fondear en la isla de San Salvador. En todas partes eran recibidos con la inocencia de los indios. Los españoles admiraban el clima, las flores, los perfumes, los colores, las plumas de las desconocidas aves que cada uno de aquellos oasis desplegaba antes sus ojos; pero su pensamiento se dirigía á un solo punto: al descubrimiento del país del oro, que creían situado en el extremo del Asia. Esto les hacía menos sensibles á todos aquellos tesoros naturales y les impedía sospechar la existencia del nuevo é inmenso continente del que aquellas islas no eran más que su vanguardia en el gran Océano. En vista de que los indios con sus miradas y sus señas indicaban la existencia de una región más espléndida que su archipiélago, Colón dirigió el rumbo hacia las costas de Cuba, donde llegó á los tres días de una navegación tranquila, sin que perdiera de vista las hermosas de Bahama, que eran cual jalones que la Providencia había puesto en su camino.

Cuba, con sus playas de una longitud sin límites, adosándose á montañas que parecían hender el cielo, con sus bahías, sus calas, sus desembocaduras de los ríos, sus golfos, sus bosques, sus aldeas, recordó á Colón, bien que en más poéticos y majestuosos rasgos, la antigua y vieja Sicilia. Lo que no pudo adivinar era si Cuba era un continente ó una isla. Echó el ancla en la sombreada orilla de un gran río, examinó las playas, las selvas, los bosques de naranjos y palmeras, las aldeas y las chozas de sus habitantes. Un perro, que no ladraba, fué el único ser viviente que encontró en aquellas chozas, las cuales fueron abandonadas por los indios. Embarcóse de nuevo y remontó con sus naves el lecho de aquel río sombreado por palmeras y con árboles gigantes, atestados de frutas y de flores. Parecía que la naturaleza se había complacido en dar á aquellas felices tribus los elementos necesarios á la vida sin que les exigiera el más mínimo trabajo. Todo recordaba el edén cantado en los poemas y en los sagrados libros. Los animales inofensivos, las aves con plumas de jalde y escarlata, los loros, los colibrís y otros pájaros de mil formas y colores, chillaban y cantaban yendo de rama en rama; el sol cuyos rayos se hallaban templados por el aliento de los montes, la sombra de los árboles y las aguas de las corrientes lo fecundaba todo sin que nada agostase ó calcinara: la luna y las estrellas reverberaban en las tinieblas, en el lecho de los ríos, con un esplendor, un brillo y una dulce claridad que ahuyentaba los terrores de la noche. Una embriaguez general exaltaba el alma y los sentidos de Colón y sus compañeros. Era aquella una tierra más virgen y maternal que la vieja tierra de donde procedían.

«Es el más bello país, escribía Colón en sus notas, que han contemplado jamás los ojos del hombre. Se quisiera vivir en él eternamente. No se concibe en esta región ni el dolor ni la muerte.»

El olor de las especias que llegaba hasta las naves y el hallazgo de unas ostras que criaban perlas convencieron más y más al navegante de que Cuba era una prolongación del Asia. Imaginábase que detrás de las montañas de aquella isla ó de aquel continente—pues no sabía si Cuba era ó no tierra firme—daría con los imperios, la civilización, las minas de oro y las maravillas de que ciertos entusiastas viajeros dotaban al Japon y al reino de Cathay. No pudiendo hablar con los naturales, que no bien veían un español emprendían la fuga, Colón envió á dos de sus compañeros que hablaban el árabe y el hebreo en busca de las famosas capitales donde creía que el soberano de Cathay residía. Estos embajadores se llevaron presentes para los indígenas, con orden de no trocarlos más que por oro, cuyas inagotables minas se debían hallar en el interior de aquella tierra.

Los enviados regresaron á los bajeles sin haber encontrado más ciudades que chozas de salvajes y una naturaleza pródiga en vegetación, flores, frutas y perfumes. Haciendo no pocos esfuerzos, habían logrado amansar algunos indígenas que trajeron y presentaron al Almirante. El tabaco, planta ligeramente embriagadora, que los indios arrollaban para encenderlo y aspirar



DON FERNANDO DE ARAGÓN



DOÑA ISABEL I DE CASTILLA

DE UNAS MINIATURAS DEL CÓDICE HECHO EN TIEMPOS DE FELIPE II, QUE EXISTE EN EL MUSEO DEL PRADO DE MADRID



VALLADOLID.—CASA EN QUE MURIÓ COLÓN

FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.^a

el humo por uno de sus extremos; la patata, harinoso tubérculo que se convertía en pan cuando se preparaba entre ceniza; el maíz, el algodón hilado por las mujeres, las naranjas, los limones, los desconocidos frutos de aquellos espléndidos oteros, eran los únicos tesoros que habían encontrado cerca de las chozas que se levantaban en los claros de las selvas.

Desconcertado en sus sueños de oro, el Almirante, creyendo á los indígenas que eran de él mal comprendidos, dejó con gran dolor aquellas paradisíacas regiones, con intención de dirigirse hacia el Este, donde seguía colocando su Asia fabulosa. Embarcóse con algunos hombres y mujeres, naturales de Cuba, más confiados y atrevidos que otros individuos, para que le sirvieran de intérpretes en las tierras vecinas que iba á visitar para convertirlas á la fe, y para ofrecer á Isabel aquellas almas que, según él, había de redimir su generosa empresa. En la persuasión de que Cuba, cuyos límites ignoraba, hacía parte del Asia, bogó durante algunos días á corta distancia del verdadero continente americano sin que ni siquiera lo percibiese.

Entre tanto, la envidia, que tanto debía emponzoñar su vida, brotó en el corazón de alguno de sus compañeros el mismo día en que su descubrimiento había realizado su idea de tantos años. Américo Vespucio, florentino oscuro, embarcado en una de sus naves, debía dar su nombre al mundo que él solo había descubierto. Vespucio no debió la fortuna alcanzada por su nombre más que al azar, y á sus subsiguientes viajes con el marino genovés hacia aquellas mismas regiones. Lugarteniente de Colón y gran admirador suyo, nunca trató de arrebatárle esta gloria. El capricho de la fortuna le dió esta última sin que quisiese engañar la opinión de Europa, y la rutina hubo de conservársela. El nombre de su jefe no tuvo la honra de bautizar un mundo, prevaleciendo el de su subalterno. ¡Raro extravío de la gloria humana, de que Colón fué víctima, pero de que Américo Vespucio no fué culpable! Acháquese tal injusticia é ingratitud á las veleidades de la posteridad; mas nada se puede reprochar al dichoso piloto de Florencia.

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Continuará.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

La torre del Clavero.—Halláse en Salamanca este histórico edificio de la edad media, que al mérito de su antigüedad une el de su arquitectura; se le designa con aquel nombre por haber pertenecido á un clavero de la orden de Santiago, que la mandó construir para su habitación y descanso.

Los aficionados á los estudios arqueológicos y arquitectónicos verán con gusto la construcción que representa este grabado, en donde se halla impreso el carácter de una época gloriosa para las artes.

¡Pobre bruja!—El originalísimo cuadro del notable pintor Sr. Martínez del Rincón, denominado *¡Pobre bruja!*, representa una familia de fines del siglo XVIII, sobrecogida de terror al ver aparecer en el estrado á una infeliz anciana que se presenta implorando la caridad.

Todavía en algunos de nuestros pueblos rurales existe la preocupación de creer que una vieja y mendiga harapienta es punto menos que una bruja que está en relaciones con el diablo, y cuya presencia ocasiona *mal de ojo* á los niños; esta superstición, muy extendida años atrás, era el germen de infinitas desgracias, y la persona sobre quien pesaba este estigma, lejos de conmovir las almas, endurecía los corazones y era arrojada y perseguida por todas partes, maltratándola de palabra y obra como si se tratase de un animal dañino.

Por eso el Sr. Martínez del Rincón, al concebir y desarrollar este asunto, le ha titulado con grande acierto *¡Pobre bruja!*

Excmo. Sr. D. Julio Betancourt.—Correspondiendo á uno de los fines que se propone esta Revista, como es el de procurar se conozcan debidamente en la Península las distinguidas personalidades hispano-americanas que, lejos de renegar de su origen, trabajan por estrechar cada día más los poderosos vínculos que las unen á la antigua madre patria, vínculos que ninguna consideración política ni social ha logrado extinguir; fieles á tal propósito, decimos, nos es grato ofrecer hoy á nuestros lectores unos breves rasgos biográficos del Excmo. Sr. D. Julio Betancourt, enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Colombia en esta corte. Desearíamos conocer á fondo la historia contemporánea de aquella República y la vida de sus hijos que actualmente la dan honra y brillo, para que el desempeño de nuestro cometido fuese digno del simpático personaje cuyo retrato adorna el presente número de ESPAÑA Y AMÉRICA.

Procedente de familia venezolana por su padre, y de colombiana por su madre, D. Julio Betancourt vino al mundo hace cerca de treinta y cinco años en San José de Cúcuta, que es una de las más ricas y prósperas ciudades de Colombia.

Desde muy joven reveló el Sr. Betancourt la fuerza de voluntad, la clara inteligencia, la perseverancia en el trabajo y el amor á la instrucción popular que le caracterizan. Interrumpida su propia educación por la muerte de su padre, el adolescente cucuteño se dedicó á la enseñanza de la juventud, dirigiendo con notable éxito, á pesar de su corta edad é inexperiencia, un colegio particular en la provincia del Jáchira (Venezuela). Estas delicadas tareas no le impidieron ensanchar la esfera de sus conocimientos; proseguía al mismo tiempo privadamente varios estudios, y adquiría cierta práctica forzosa en oficinas

públicas y despachos de abogados, donde su hábil colaboración era apetecida y estimada.

Ha figurado constantemente en el partido conservador de su país, y en 1885, el Presidente de la República, el Doctor Núñez, le confió un importante puesto en la gobernación del Estado, habiendo desempeñado desde entonces diversos cargos y misiones políticas; representó al departamento de Panamá en el Consejo nacional de delegados que dió nuevas leyes al país, distinguiéndose en este Cuerpo legislativo por su elocuencia y patriotismo.

En 1888 fué distinguido el Sr. Betancourt con el nombramiento de Encargado de Negocios de Colombia en esta corte, y al año siguiente se le promovió á Ministro residente. Hallábase aún pendiente el proceso de límites entre dicha República y la de Venezuela, cuya solución se había sometido al fallo arbitral de S. M. el Rey de España. Mucho antes de venir á Europa, el Ministro colombiano había hecho estudio especial de este litigio, no sólo con la lectura de los documentos respectivos, sino por el conocimiento topográfico que desde niño adquiriera de muchos lugares de la disputada zona; pero no satisfecho con tales ventajas, profundizó sus investigaciones, recogiendo nuevos datos y documentos que le instruyeron plenamente en este asunto, hasta el grado de esclarecer con sus informes, más de una vez, los puntos dudosos que solían presentarse en el curso del debate. Dió fin á éste el laudo arbitral dictado el 16 de Marzo de 1891 por S. M. la Reina Regente, prestando esta augusta señora un inmenso servicio á las dos Repúblicas hermanas.

«Partidario entusiasta de la grande idea que tiende á estrechar más y más los lazos que deben unir á la madre España con sus emancipadas hijas de América, el Sr. Betancourt ha puesto siempre su influencia oficial y personal en favor de esta corriente de simpatías, contribuyendo á la realización de tan noble propósito por todos los medios permitidos en su esfera diplomática.»

Los notables servicios prestados á su patria en este continente valieron al Sr. Betancourt que el Gobierno le promoviese á la más alta categoría diplomática que autorizan las leyes colombianas: la de enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario. En tal carácter presentó solemnemente sus nuevas credenciales á la ilustre Soberana de España el día 8 de Julio de 1891.

Acercándose la época de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Ministro colombiano acogió desde el principio con marcada satisfacción el grandioso pensamiento iniciado por el Gobierno español, y ha gestionado sin cesar el digno concurso de su patria á la Exposición histórica americana de Madrid, al Congreso de Americanistas y á las demás sabias asambleas con que muy en breve se rendirá homenaje á la memoria de Colón.

El carácter caballeroso del Sr. Betancourt, sus variados talentos, su consagración singular á los deberes de su alto cargo y su entusiasmo por las glorias españolas, le han granjeado profunda estimación y simpatía en esta tierra, donde siempre se abren los brazos y se reconocen los méritos á los distinguidos hijos de América.»

A los anteriores conceptos sólo añadiremos un rasgo que no debe pasar desapercibido. Poseyendo el Sr. Betancourt una fortuna personal que le permitiría vivir holgadamente sin las graves responsabilidades que implican sus actuales funciones diplomáticas, y habiendo podido, según entendemos, formar parte del Ministerio que ha nombrado el nuevo Presidente de Colombia, ha preferido continuar representando á su patria en esta corte, dando así una nueva y significativa prueba de su amor y apego á la madre España.

Rubén Darío.—Es uno de los poetas más eminentes de América, donde es muy popular y querido.

En España le dió á conocer D. Juan Valera en sus *Cartas americanas*, y desde entonces, «la gente del oficio» ha traído y llevado su nombre, sus novelas cortas y sus poesías, tributándole grandes y merecidos elogios.

Rubén Darío es joven, apenas si tendrá de veintiséis á veintiocho años, natural de Nicaragua y muy versado en la literatura francesa contemporánea, cuyo influjo se deja sentir en sus obras.

Con motivo de las solemnes fiestas que van á celebrarse en conmemoración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Gobierno de Nicaragua ha enviado á este insigne poeta á España, agregado á la Delegación de aquel país; y no bien desembarcó en la Coruña, la prensa española le dió la más cordial y afectuosa bienvenida, reproduciendo muchas de sus composiciones y solicitando constantemente su colaboración, de tal suerte que bien puede asegurarse que Rubén Darío, en pocos días, ha conseguido entre nosotros una reputación y nombre que con dificultad logran en muchos años la mayor parte de nuestros escritores.

A pesar de que el comercio de libros entre España y América es tan escaso, han llegado hasta nosotros dos de este notable poeta, *Azul...* y *Rosas andinas*: el primero contiene varios cuentos y poesías de factura magistral é intención volteriana, y el segundo, una colección de *Rimas* muy semejantes á las del infortunado poeta sevillano Becquer.

Rubén Darío se distingue principalmente en sus escritor por lo puro y delicado de la forma; su estilo es correcto y castizo, y más parece preocuparle la manera de decir y expresar sus pensamientos que los pensamientos mismos.

«Siente la forma como pocos», ha dicho el gran poeta don Gaspar Núñez de Arce refiriéndose á este escritor, y es verdad; en sus versos, sobre todo, hay tal tersura, tal limpidez, tal gradación, que en ocasiones parecen esculpidos ó miniados por un artista de exquisito gusto; en la rima se complace en amontonar dificultades y obstáculos, que vence con naturalidad y sencillez, produciendo en los más exigentes admiración y asombro.

Los lectores de ESPAÑA Y AMÉRICA conocen ya algunas de las poesías de Rubén Darío, y saben á qué atenerse respecto al mérito y valor de este eximio literato: en lo sucesivo publicaremos otras que confirmarán con creces estos juicios que tan ligeramente dejamos apuntados.

Palacio de Bellas Artes.—Ofrecemos á nuestros lectores una vista del Palacio de Bellas Artes, situado en el paseo de la

Castellana de esta corte, y en el cual ha de inaugurarse, hacia los últimos días de este mes, la Exposición internacional de pintura y escultura.

Nuestra fototipia está tomada del natural por el celebrado fotógrafo Mr. Laurent, quien ha sabido presentar este grandioso edificio, así en el conjunto como en los detalles, con ese gusto artístico que tanto le caracteriza.

Circasiana.—Damos esta cabeza de estudio, clásica por su belleza, por la corrección de sus formas y la armonía de sus líneas, con objeto de que nuestros lectores aprecien el tipo de la mujer circasiana, que es en el común sentir de todos los viajeros la más preciosa del mundo.

«Joaquín del Piélagos».—En la *Crónica* del número 32 de ESPAÑA Y AMÉRICA, correspondiente al día 7 del pasado mes de Agosto, dimos cuenta de haberse botado al agua en Cádiz el vapor *Joaquín del Piélagos*, de la Compañía Transatlántica.

Este hermoso buque es producto de la industria nacional; está hecho en los astilleros que posee en Cádiz dicha Compañía; por su sólida construcción y riqueza en el decorado interior, no sólo puede competir, sino que aventaja con creces, como todos los de la Transatlántica de Barcelona, á los mejores de Europa y de los Estados Unidos.

El comedor es de estilo árabe y en el centro hay dos grandes mesas; la escalera que conduce á este departamento es regia y espaciosa; los camarotes tienen todas las comodidades apetecibles; en suma, que el *Joaquín del Piélagos* es un palacio flotante.

Las máquinas son soberbias y, funcionando, de una precisión matemática; el día de la prueba alcanzó una velocidad media de 15 millas por hora, y á pesar del poniente que soplabo aquel día violento, el balance del buque resultó casi nulo, lo que prueba sus condiciones de estabilidad.

El Sr. Marqués de Comillas, que ha dotado á España de los mejores vapores del mundo, ha dado á éste el nombre de *Joaquín del Piélagos*, que lo era el de un antiguo empleado de la Compañía, muerto hace pocos meses en la provincia de Santander.

Los Reyes Católicos.—En estos días en que el mundo celebra el cuarto Centenario del descubrimiento de América, complácenos consagrar en estas páginas un testimonio de nuestra admiración y entusiasmo por los dos grandes y augustos monarcas D. Fernando de Aragón y Doña Isabel I de Castilla, que con su protección y sus recursos tanta parte tomaron en la realización de aquel fausto suceso.

Los retratos que damos á la estampa están sacados directamente de las miniaturas de un famoso códice existente en el Museo del Prado de Madrid, y el cual data de los primeros años del reinado de Felipe II.

Según noticias autorizadísimas que hemos podido recoger de personas sabias y eruditas en esta clase de estudios, el artista que hizo este códice hubo de tener á la vista, para ejecutar ambas miniaturas, los retratos auténticos y contemporáneos de los Reyes Católicos, pues las facciones de estos augustos soberanos concuerdan perfectamente con cuantas medallas, relaciones y esculturas provienen de aquella época y á ellos se refieren.

Casa en que murió Colón.—Esta casa, situada en una de las calles extremas de Valladolid, es donde, según prolijas investigaciones, se asegura que murió el inmortal descubridor de América.

En el centro de los cuatro balcones hay una lápida conmemorativa que así lo manifiesta, en torno de un busto en relieve de Cristóbal Colón, y en la que parece puerta principal del edificio, campeaba hasta hace pocos años el anuncio que en nuestra fototipia podrán leer nuestros lectores: «Leche de vacas y de burras. Se sirve á domicilio.»

Afortunadamente el letrero ha desaparecido ya de la fachada, y los inquilinos que le motivaban han cambiado de domicilio...

Afortunadamente, repetimos.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO
Y D. TOMÁS JÁUREGUI Y ECHAVE

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR J. A. FORT

Director de la *Revista Quirúrgica*
y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la **Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.**

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares.**

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanques, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—**Administración: Plaza del Biombo, 2.**

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veuillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por *Mr. Lesage*.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Vicuña* y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frías*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — **Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.**